

CRONISTAS DE FIN DEL SIGLO XX

Sara Sefchovich
Universidad Nacional Autónoma de México

1.

LA crónica es lo mejor de la literatura mexicana. Lo es, por los temas que aborda, por su amplio registro de intereses, por sus afanes y logros estilísticos y lingüísticos, por su capacidad crítica y, *last but not least*, por su posición moral.

Es además el género más frecuentado en la literatura mexicana, el primero que se escribió, el que más se sigue escribiendo y el que más se lee: “Es la práctica escritural más popular, rica y duradera”, afirman Ignacio Corona y Beth Jörgensen (3).

En efecto, encontramos crónicas desde la Conquista española, durante las tres centurias de la Colonia y en los siglos XIX, XX y XXI, es decir, en todos los momentos de la historia de México, tanto los de estabilidad como los de crisis¹ (Egan; Rotker 125). Y encontramos también que siempre cuentan con lectores.

Ello se debe, a mi juicio, a dos cosas: una, que es el género que mejor satisface el afán de los mexicanos por conocerse, explicarse, tratar de entender quiénes somos y cómo somos, darle sentido a la historia y conciencia a la actualidad (Monsiváis, “Cultura nacional” 57). En ese que es un solo, repetido, infinito proyecto, se han quedado las energías de la mayoría de los pensadores, los escritores y los artistas mexicanos. Es una

¹ Egan afirma que se escriben crónicas en momentos de estabilidad, mientras que Rotker asegura que en momentos de crisis.

obsesión que marca a todos los productos culturales de México, sean filosóficos o literarios, artísticos o políticos. Todos se inclinan insistente y tenazmente a explorar una sola interrogante: la realidad y la problemática nacional: “El tema constante será México, México en su totalidad o en algunos de los asuntos que interesan”, afirma José Luis Martínez, y agrega:

Las reflexiones de carácter moral o religioso, tan frecuentes en el pensamiento francés, las de carácter metafísico que prefieren los ingleses o los alemanes, no parecen tener campo en las mentes de nuestros ensayistas, otras son sus preocupaciones. Tampoco la teoría, la divagación intelectual, el solaz gratuito estético o intelectual. Estamos demasiado atareados con saber quiénes somos y qué hacer de nosotros mismos a futuro. Estamos demasiado ocupados haciendo nuestras revisiones de carácter cultural, histórico, filosófico, económico y social, queriendo entender nuestros grandes conflictos del pasado y nuestra identidad. (“Introducción” 17)

Podemos ver que la crónica no ha estado exenta de esta búsqueda, aún en sus ejemplos más aparentemente frívolos.

Y dos, que es el género que permite mejor que ningún otro, recoger y reproducir los rasgos que caracterizan a la cultura mexicana:

—La fuerte tradición oral (que ella recoge con su modo de representación “como si” fuera hablado),

—y al mismo tiempo, el alto valor que se le da a la palabra escrita.

—Los afanes totalizadores, el deseo de abarcarlo todo,

—y al mismo tiempo, el apego a lo concreto e inmediato, a lo tangible.

—El gusto por la descripción de la vida colectiva a través de tipos genéricos y la utilización de los espacios que representan actitudes psicológicas de carácter social: “el café, el jardín público, el día de fiesta, la calle, la romería” (Zavala 338).

—El gusto por el realismo, ese querer recoger lo que sucede en el mundo y ese querer que la escritura nos lo entregue de la misma forma en que lo vemos, conocemos, experimentamos.

—La sensibilidad romántica: “La rebeldía, la sinceridad, el subjetivismo apasionado, la elocuencia quejumbrosa, la improvisación”, escribió José Emilio Pacheco (xx).

—La tradición liberal que quiere conseguir “el distanciamiento irónico de las obsesiones conservadoras, la sonrisa ante las tonterías de la solemnidad” (Monsiváis, *A ustedes* 33-34),

—y al mismo tiempo, la tradición católica, que apela a conmoverse con el sufrimiento, a amar a los seres desgraciados y odiar a los satisfechos de la vida.

—El afán de educar. La literatura mexicana, dijo Rosario Castellanos, nunca ha sido un pasatiempo ocioso, alarde de imaginación o ejercicio de retórica sino un instrumento para captar nuestra realidad y conferirle sentido y perdurabilidad (78). En ella:

lo estético, lo filosófico, lo psicológico y lo narrativo estuvieron al servicio del conocimiento de la historia y la sociedad. A los escritores les interesó menos entretener que educar, por eso nunca se limitó a retratar y siempre asumió un compromiso. La literatura mexicana ha sido una conciencia crítica: enseña y moraliza. (Sefchovich, *México: país de ideas* 239)

Por eso me atrevería a decir que la literatura mexicana funciona toda ella como crónica. Por igual una carta de Cortés que un poema de Balbuena, una novela de Payno que un recuerdo de Prieto, la descripción de una calle de González Obregón que el recuento de una cena de intelectuales de Reyes o de Novo, los intentos de comprensión del indio de Pozas que los análisis de tipos urbanos de Monsiváis, todo apunta a cumplir con los aspectos señalados. ¡Hasta las canciones funcionan así!: “El corrido es el retoño americano del romance español, que reúne el soplo épico y lírico de la nación mexicana y hace evidentes los temores y las aspiraciones del alma nacional”, dice Jacques Lafaye (433).

Y en efecto, Fernández de Lizardi y Riva Palacio, Azuela y Revueltas, Blanco, Pacheco y Agustín, con su narrativa y poesía hacen crónica.

2.

Por supuesto, ha habido cambios en la crónica a lo largo de la historia: el modo de escribir de Balbuena no es como el de Novo, el de Prieto no es como el de Poniatowska. Las crónicas son diferentes en su manera de narrar, cada una de acuerdo a las posibilidades de las convenciones lingüísticas, retóricas y estilísticas de su tiempo, cada una según la manera de pensar del momento, su destinatario imaginado o deseado, cada una en función del grupo social que se retrata y del objetivo que se plantea con ella.

Pero lo que se ha mantenido sin cambios son dos aspectos: la intención del texto y su función social. Por igual Díaz del Castillo que Prieto, Novo que Cristina Pacheco, Gutiérrez Nájera que Loeza, tuvieron la voluntad y el propósito de reproducir lo que veían y de criticar y moralizar. No importa que sea con la suavidad de Amado Nervo o con las asperezas de José Joaquín Blanco, con la solemnidad de Cuéllar o con la ironía de Monsiváis, en tanto que textos, todas cumplen la misma función.²

3.

En cada momento histórico, la crónica participa “en el conjunto de formas culturales —imágenes, representaciones, símbolos, ideas”

² Ignacio Corona y Beth Jörgensen consideran lo contrario y afirman que la función de la crónica del siglo XIX es diferente de la que desempeñó durante la Colonia y de la que desempeñaría durante el Porfiriato. Me parece que confunden función de la crónica con objetivo del autor, que no son lo mismo.

(Françoise Perus citada en Sefchovich, “Los escritores y la sociedad” 16) de la época, en lo que se refiere a lo que puede y debe ser dicho y al cómo (Giménez 4; Sefchovich, *País de ideas* 16).

Hay tiempos en que los pobres duelen y tiempos en que no le importan a nadie, tiempos en que la vida rural o de los pueblos es lo que interesa y tiempos en que solo lo urbano llama la atención. Unas veces parece lógico que se haga denuncia social y otras que esto no importe para nada, a veces la vida diaria no interesa —¿Para qué escribir si se va a mostrar lo que de todos modos vemos?, se pregunta Dolores M. Koch (167)— y a veces eso es precisamente lo que se busca. Hay épocas en que se pretende sinceridad como la de Poniatowska y otras en que importa más el artificio literario como quería Darío.

Y más todavía: no solo cambia el tipo de sujetos y de objetos que se observan y se escuchan, sino la manera misma de observarlos y escucharlos, en función de la concepción de la sociedad (como estática o dinámica, como justa o injusta), pues la crónica hace evidentes las mentalidades de cada época, la sensibilidad, la estética e incluso las concepciones éticas y morales que la presiden y marcan.

Lo mismo sucede con las formas y estilos, los tonos y acentos. Hubo tiempos en que dominó el hispanismo costumbrista de un Prieto, otros el afrancesamiento elegante de un Gutiérrez Nájera, unos en que privó el estilo superficial de un Novo y otros en que lo hizo el incisivo y analítico de un Monsiváis. Hubo épocas en las que la ironía estuvo presente y tiempos para la solemnidad, épocas en que se valía demostrar erudición y otras en que la ignorancia estuvo de moda (y hasta la estupidez, fuera real o fingida), épocas de retórica elegante y otras de lenguaje coloquial. Pero hay cosas que no cambiaron, por ejemplo, como ya dije, los temas que interesaron.

4.

La crónica de fin del siglo XX repite y reitera los temas de la crónica a lo largo de la historia del país, desde la de Indias hasta la del siglo XIX, desde la del Modernismo hasta la del medio siglo: va de lo social y lo político a lo cultural, de lo histórico a lo presente, de lo nimio

a lo trascendente, de lo cotidiano a lo excepcional, de los paisajes naturales a los íntimos, de lo profundo a lo superficial y hasta a lo frívolo, o sea, abarca todo lo que compone la vida pues como afirma José Joaquín Blanco, “es una bolsa grande en la que cabe si no todo, al menos mucho” (citado en Corona y Jörgensen 62).

De modo que sigue siendo la crónica del mundo elegante y de los ricos y privilegiados al modo de Gutiérrez Nájera y Novo, pero también es la del mundo que interesó a Prieto y Cuéllar, el de las “mayorías astrosas” como las llamó Monsiváis, esas que atestan calles y plazas, transportes públicos y mercados, que habitan en las colonias y barrios marginales, que ven televisión y escuchan boleros y corridos, que siempre necesitan servicios como agua y drenaje, escuelas y hospitales, y que viven como pueden a pesar de la negligencia, la indiferencia y la corrupción gubernamentales.

Recoge también el panorama de la ciudad de México, que es a un tiempo la capital del país en donde sucede todo lo que vale la pena como decían Novo y Azuela y el detritus federal, una “selva de calles y avenidas, parques y plazas, grandes arterias y atajos en que se ramifica la metrópolis...las dificultades para desplazarse y la tendencia a recluirse en la vida doméstica, las percepciones y saberes fragmentados que se obtienen...en una gran ciudad”, según escribe Néstor García Canclini (107, 109).

Le interesan además otras vertientes de larga tradición. Por ejemplo, lo que Sigüenza y Góngora llamó en el siglo XVII los “levantamientos del populacho”. Si él relató los que tuvieron lugar en 1692, que empezaron con una espesa tempestad de piedras y terminaron con el incendio del Real Palacio, los cronistas de fin del siglo XX relatan desde el movimiento estudiantil de 1968 hasta el plantón postelectoral del 2006. Y lo que Fernando Benítez llamó los “desastres” y así como tenemos la crónica de la inundación que en el siglo XVII duró tres años y que solo cedió cuando sacaron la imagen de la virgen de Guadalupe de su nicho, así a fines del XX están las crónicas sobre las explosiones de gas en San Juanico y los temblores de 1985.

Hay también crónicas sobre sucesos políticos, como las que fueron tan socorridas en el siglo XIX, y que van desde cuando quitaron a alguien del poder hasta el asesinato de algún caudillo.

Las hay de entretenimientos que relatan lo que sucede en cantinas y antros, parques y estadios, centros de espectáculos y cines.

Están las biográficas que han hecho desde Riva Palacio hasta Monsiváis para hablar de algún personaje.

Y están por fin, las que tienen que ver con la literatura y lo que ella ofrece para ayudarnos a vivir en este mundo.

Todos estos han sido siempre los temas principales de la crónica y lo siguen siendo en la de fines del siglo XX. Son esos temas los que organizan los elementos del texto como diría Yvette Jiménez de Báez (93, 94).

5.

Lo que cambia en la crónica de fin del siglo XX respecto de las de épocas anteriores, es el tipo de explicación que dan los cronistas a las situaciones sociales que recogen y relatan. Si a fines del XIX tanto novelistas como cronistas podían acusar a los propios pobres de su pobreza y de su vida difícil, a fines del XX encuentran que el modo de ser de los mexicanos no es producto de complejos o incapacidades sino de una sociedad con enormes desigualdades, que son resultado de una dinámica en la que “la participación, el desarrollo y la riqueza del polo moderno se funda en el marginalismo, la pobreza y el atraso del arcaico” (Flores Olea citado en Villegas 152).

Porque saben eso, los cronistas ya no hacen ni se proponen hacer solamente el retrato de los paisajes o las personas o las costumbres, sino también un acto deliberadamente político: lo que eligen ver, oír, recoger y relatar es lo necesario para ponerse del lado de y darle la razón a los pobres y marginados. Ya no es cosa de educarlos y cambiarlos y volverlos catrines como sucedía en la crónica de otras épocas, sino por el contrario, se trata de que todos los demás entiendan que ese “pueblo” tiene la verdad (a veces hasta maniqueamente) y que somos los otros quienes debemos aprender y cambiar.

De allí que también por primera vez en la larga historia de la crónica en México, los textos de fines del siglo pasado no están hechos desde la arrogancia de quien se sabe superior o mejor o más capacitado

(aunque pretenda ser sencillo y lleno de simpatía por sus sujetos), sino desde el punto de vista de quien está dispuesto a dejarse cambiar por lo que crónica.

Y de allí también que no haya en las crónicas del fin de siglo XX una intención de objetividad y neutralidad sino al contrario, hay toma de posición. No se trata de imparcialidad, sino al contrario, es compromiso. Se trata de abrir sin piedad la carne como quería Mariano Azuela, de abrir puertas y crear conciencia como afirma Elena Poniatowska, de denunciar “lo retórico de nuestro desarrollo, lo tramposo de nuestro progreso”, como proponía Carlos Monsiváis.

En este sentido, aunque libres de moralina, las crónicas del fin de siglo son profundamente moralistas.

6.

Por lo que se refiere al modo escritural, la crónica de fin del siglo XX no es, ni pretende ser, fotografía, documento sociológico, testimonio o antropología: es literatura.

En esto consiste su clave: en ser una práctica enunciativa en la cual se produce el paso de la representación objetiva entre comillas a la transformación artística de la realidad con una aguda conciencia del proceso creativo.

Hay una voluntad de estilo, de trabajar el lenguaje tal que el modo de relatar se convierta en la esencia misma de lo que se relata. En ese sentido son escritos que, como diría Jorge Ruffinelli, “dinamitan la mentira de la representación” (68), pues si bien aparentan ser la transcripción fiel de la realidad, lo que hacen es crear una narrativa que recoge y transforma el lenguaje del día, que se opone a las imposiciones ideológicas, formales, lingüísticas, ideológicas y estilísticas por igual de la cultura oficial que de la cultura de los medios de comunicación y que se niega a cualquier rigidez, solemnidad y lugar común preestablecido.

Hacer esto le fue posible al género por el hecho de que en su mayor parte la crónica se publicó en periódicos y revistas, y ello le permitió funcionar con gran libertad, sin tener que aceptar convenciones ni modas. De allí su amplitud de temas y modos de escritura y su

flexibilidad tanto formal como temática, que le permitió a los escritores decir lo que querían y del modo como lo querían decir.

Sin embargo, no debemos perder de vista que es una literatura que pretende no serlo (Jørgensen 71 y sigs.) pues pretende exponer la realidad en correspondencia exacta (Iser 102). Dicho de otro modo, estamos frente a un género que se propone recoger y transmitir la realidad verdadera (Folley 45) pero que es una construcción estética (Heyne 3), "un discurso de representación que evoca un universo de apariencia sin dejar de ser una construcción semiótica" (Ducrot y Todorov 182). Y esto le da una complejidad particular, pues no es pero sí es ficción.

Además de ese deseo de veracidad (Escobar Arroniz s.p.), la crónica se propone enseñar y explicar (ser una forma de conocimiento), divertir y entretener (el mundo como teatro para ser visto y gozado), comunicar ideas (Novo citado en Saborit xiii), hacer arte (voluntad estética), hacer conciencia, convencer, juzgar, guiar (moral, estética o ideológicamente), salvar del olvido (memoria histórica), cambiar al mundo (misión).

Y también ser reflexión, hacer un esfuerzo para encontrarle lógica y sentido (si es que alguno tiene) al mundo, a los acontecimientos, a los quehaceres de las personas, incluso a la naturaleza. Hay en la crónica una búsqueda por "entender y descifrar esa doble índole de todas las cosas (de ser) a un tiempo aspecto y enigma" diría Oscar Rivera Rodas (181).

7.

Así pues, la crónica del fin del siglo XX se define por:

—La voluntad de recoger y consignar todo el acontecer nacional, pero, oponiéndose a las versiones oficiales de la historia, la sociedad y la cultura y con enorme desdén por el poder y sus instituciones;

—Que su interés está en la vida cotidiana y los diarios tráfigos de las personas comunes, así como en sus luchas y esfuerzos por mejorar y también en la literatura que han creado los escritores;

—Que quiere terminar con lo que siempre fueron silencios, lo cual incluye desde las injusticias y los abusos de poder hasta el simple y llano olvido de millones de seres y de libros que a nadie le han importado;

—Que además de lo anterior, es suya la idea de hacer literatura, lo cual significa dejar atrás las viejas fórmulas de perdida vigencia, liberarse de todo farrago y rigidez estilística, desinteresarse de los afanes costumbristas, folklóricos y hasta turísticos, incorporar nuevos aprendizajes formales estar abierta a los nuevos lenguajes.

8.

El México de fin del siglo XX estuvo lleno de cronistas. Algunos conocidos, algunos marginales, muchos desconocidos.

Las voces más célebres en el terreno de la crónica escrita, fueron también las más contundentes, las más firmes y coherentes, las de mayor calidad literaria, que se han sostenido durante muchos años con disciplina, trabajo y rigor y a las que los lectores reconocemos y seguimos y los demás cronistas tratan de imitar. Son los maestros y todo lo que se ha hecho después de ellos han sido ramas del mismo árbol, continuidad (lograda o no lograda) temática, ideológica, formal y hasta moral. Ellos fueron:

—Carlos Monsiváis, un intelectual en el sentido amplio de la palabra, que hizo suyos todos los temas de la cultura, la política y la sociedad mexicanas, fue testigo de todos los acontecimientos significativos del último cuarto del siglo XX, desde luchas sociales hasta espectáculos de masas y conoció a fondo la literatura, el cine y el arte que se crearon en el país (no nada más lo que se hizo público, sino también los inéditos e incluso lo que apenas era proyecto), pero sobre todo, hizo un esfuerzo por entender su lógica, su significado y su importancia. ¿Quién como el

ha recorrido el camino que va de La Corregidora a Eleanor Rigby, de Don Porfirio a Fidel Velázquez, de Altamirano a Novo, de Celia Montalván a Paquita la del Barrio, de los léperos de principios de siglo a los pachucos de mediados y a los chavos banda de hoy? ¿Quién como él tradujo un poema inglés y debatió con Octavio Paz, recibió invitaciones del presidente de la República, del cantante Juan Gabriel y de los estudiantes de alguna universidad de un rincón de provincia? ¿Quién como él se apareció después del temblor allí donde se recogían los escombros y en el panteón allí donde unas cuantas personas homenajearon a Pedro Infante y en el Palacio de Bellas Artes para saludar a los más célebres escritores extranjeros que nos visitaban y en el radio para denostar a algún político del día? ¿Quién como él para interpretar con esa lucidez, definir con esa tajantez, burlarse de todo, entenderlo todo? ¿Qué fue antes, el lugar común o la frase del Monsi?

Monsiváis nos enseñó a mirar, a leer, a pensar, nos rompió los esquemas y los límites, nos amplió los temas y sobre todo, nos quitó esa solemnidad pesada a que tan afectos hemos sido (Sefchovich, “Carlos Monsiváis: la crónica del día”; “Monsiváis. Crónica del cronista”; “Carlos Monsiváis: pensador sin paradigma”).

—José Joaquín Blanco, cronista doble, pues por un lado convierte en literatura lo que encuentra, ve, oye, en las calles y plazas y cafés y centros comerciales de la ciudad de México, con sus personajes y sus situaciones de vida, recreando “la indisoluble unión entre la cama y el trabajo, la intimidad y la política, el acto sexual y la solidaridad humana” en textos nacidos menos de la reflexión pausada y más del coraje, menos del “inicuo demonio de los sueños” que de la ira, escritos con una prosa fluída que no pretende ser de orfebre y que no tiene sentido del humor, pero que no por eso es de alimidón, y por otro lado, convierte en crónica a la literatura, es el que lee los textos de los autores desde un punto de vista literario pero también moral, para buscarles por todos los ángulos la belleza, la grandeza, y sobre todo, la rebeldía.

¿Qué distintos los dos Blancos! Uno es el que quiere cambiar al mundo y no puede con la desesperación de no lograrlo, mientras que otro se detiene fascinado y deslumbrado ante un buen poema, una buena prosa, una inteligencia aguda, una sensualidad. Aquel ha perdido

la capacidad del gozo y el placer y no le quedan sino la rabia y el denuesto mientras que este se deja llevar apasionado hasta las profundidades de la emoción, a aquel lo que hay a su alrededor solo le sirve para documentar su escepticismo mientras que a este los libros le sirven para sustentar su esperanza. Y sin embargo, el moralista que hay detrás de ambos es el mismo (Sefchovich, “Blanco, el moralista” 18-20).

—José Emilio Pacheco, el erudito que ha convertido en misión develar la literatura mexicana en sus rincones desconocidos, ocultos o silenciados y que ha convertido a su poesía en la crónica de la vida de los mexicanos en ese país imposible en el que vivimos —el muro de México le llama— ante el cual todo se estrella: voluntades, esfuerzos y talentos por igual. Para él la realidad supera a la ficción y los hechos “nos exceden mientras versificamos nuestras dudas” (Sefchovich, “José Emilio Pacheco, crítico” 58-62).

—Elena Poniatowska, la niña bien que carga como una cruz su culpa de clase y sus privilegios, y quiere pagarlos acercándose a los pobres, cronicando sus historias para que la sociedad las conozca. Ella se conmueve por los pobres y se solidariza con ellos, con los que no son nadie y los deja hablar y hablar.

Su prosa es la más rica e intensa de la literatura mexicana reciente. No sólo recrea el lenguaje de la vida cotidiana sino que lo transforma en una “brasa quemante” como diría Gabriela Mistral (Sefchovich, “Mujeres y prosas en la literatura mexicana” 24-30).

—Cristina Pacheco, cuyas crónicas “inventan la pobreza de a de veras”, la de los más pobres de los pobres, la de los seres que viven entre la basura y el piso de tierra, cuyo lenguaje es tan atávico y marginal como ellos mismos. Las suyas más que realistas son vidas arquetípicas que se quedan fijas en la miseria idéntica día tras día, crónica tras crónica (Sefchovich, “Blanco, el moralista”; “Cristina Pacheco”).

—Armando Ramírez, cuya crónica relata a esos pobres que tienen trabajo y ganan salario pero apenas les alcanza, de esos que creen en la familia, en la educación, hasta en el gobierno, y cuyo mundo cambia siempre

para mal, siempre para que les vaya peor. Y sin embargo, es un mundo vital, con sus personajes diversos y con el lenguaje vernáculo retratado hasta el hiperrealismo (Sefchovich, “México: país de ideas” 224, 228).

—Guadalupe Loaeza, que retrata a los ricos, que viven para comprar y divertirse. Lo hace con un oído espléndido para las conversaciones y las expresiones de esa clase a la que retrata con afecto y al mismo tiempo con humor, con complicidad y con crítica (Sefchovich, “Presentación del libro *Compro, luego existo*”; “Las escritoras y su México”; “Presentación del libro *Los de arriba*”).

—Hermann Bellinghausen, que pone sobre la mesa nuestra gran vergüenza como país y como sociedad, al develar ese “México profundo” como le llamó Guillermo Bonfil (1989), el de los más olvidados de todos los olvidados: los indios.

El cronista no sólo recrea sus costumbres y quehaceres y sus poquísimas palabras, sino sobre todo su vida comunitaria que considera su legado más importante en un mundo que no aprecia nada que no sea tangible, material, listo para comprarse y venderse. Pero además muestra lo mucho que ha aprendido de sus culturas y cómo se ha dejado transformar por ellos.

9.

Estos fueron los principales cronistas del fin de siglo XX. Algunos hicieron lo suyo siendo parte de lo que describieron (como Loaeza), otros habiéndolo sido y habiéndose decidido a abandonar ese mundo (como Blanco); algunos orgullosos de su pertenencia (como Ramírez), otros avergonzados (como Poniatowska). Unos que quisieron retratar con exactitud (como Bellinghausen) mientras que otros se propusieron interpretar (como Monsiváis). Algunos prefirieron el mundo de la literatura (como José Emilio Pacheco) otros el de la realidad descarnada (como Cristina Pacheco).

Pero todos escribieron como dice una canción, “con tinta sangre del corazón”,³ todos se dejaron envolver por sus sujetos-objetos de estudio, con sus vidas y sus luchas, con sus penas y sus placeres, con sus lenguajes y gesticulaciones y todos convirtieron en literatura la vida de los mexicanos de fines del siglo veinte.

10.

Como es inevitable por tantos registros y modelos que tiene el género, las paradojas y contradicciones brotan por doquier. Mencionaré las que me parecen más importantes.

La primera, el hecho mismo de que se considere a la crónica un género menor cuando lo que se propone y lo que hace es de tal amplitud, profundidad e importancia.

¿Por qué no tiene el prestigio de la poesía, la novela, el ensayo o incluso el cuento y el teatro? ¿Y por qué se la ha estudiado tan poco?

La segunda, que no se puedan explicar las preferencias, por ejemplo Salvador Novo es considerado gran cronista por relatarnos las fiestas de los ricos y Elena Poniatowska lo es por considerar a los ricos lo peor de la sociedad “metidos en sus casas de las Lomas y el Pedregal petrificados”. O que a los lectores les atraigan tanto las frivolidades de las elites que recoge Guadalupe Loaeza como las miserias de los pobres que narra Cristina Pacheco.

Esto se explica por la condición misma de la crónica: al ser una narración, establece distancia en el sentido brechtiano entre lo que relata y el lector, siendo que se propone acercarlo a la realidad que recoge. Paradoja irresoluble.

Otra paradoja, estrechamente relacionada con esta, surge de la respuesta a dos preguntas: ¿A quién le hablan los cronistas? ¿Para quién escriben?

Si el objetivo del cronista es que los lea o escuche toda la sociedad, para que ella conozca, sepa, entienda, se preocupe, actúe y

³ Julio Jaramillo, “Nuestro juramento”, letra para canción (Pasillo ecuatoriano), 1957.

hasta cambie las cosas, no cabe duda de que ha fracasado, ya que esto es imposible en un país en el que muy pocos leen y en el cual aquellos que sí leen no necesariamente se interesan en conocer ciertas situaciones y realidades.

Esto ha sido así desde siempre. Aún Cortés que se dirigía de manera tan precisa al rey de España no supo si lo leyó. Tampoco lo supo Díaz del Castillo, a quien le hubiera gustado que lo leyeran los españoles para que conocieran otra versión de los hechos de la Conquista. Tampoco lo supieron los criollos del siglo XVIII que escribieron pensando en que los leyeran los europeos cultos para que así se convencieran de que la Nueva España era una civilización refinada y no el país salvaje que imaginaban.

A Prieto y Cuéllar seguramente les habría gustado que los leyera ese pueblo al que retrataron y relataron con cariño, como hoy seguramente le gustaría a Elena Poniatowska. Solo que ellos no leen, y por eso Salvador Elizondo decía que la crónica es un testimonio que nadie escucha y Sanin Cano fue aún más lejos al calificarla de “un ejercicio atlético maravilloso pero inútil” (citado en Rotker 166)

Distinto fue el caso de Salvador Novo que describió la vida social de su época y consiguió que los relatados fueran sus lectores, que es lo mismo que hace hoy Guadalupe Loaeza. Pero ellos son precisamente a los que no les interesa que nada cambie.

Y distinto también fue el caso de Monsiváis que escribió para los ilustrados. Y el de Blanco que lo hizo para debatir con sus amigos. Y el de José Emilio Pacheco que le habla a quienes estudian literatura. Pero Armando Ramírez, Hermann Bellinghausen, Cristina Pacheco a ellos, ¿quién los lee?

Por supuesto, tienen lectores entre los ilustrados, entre los estudiosos, pero ¿es eso lo que quieren?

Porque definitivamente sus retratados no los leen: ni los indios, ni los marginales, ni los pobres. Y esto altera completamente la idea que nos hemos hecho de los objetivos y funciones de la crónica.

El hecho de que solo los lean un puñado de gente, que no pertenece a los grupos retratados, se convierte en la gran paradoja y más aún, en el gran fracaso de la crónica pues ella pretende no solamente ser un discurso para dar voz a quienes no la tienen y para rescatar del

silencio y del olvido lo que la sociedad y el poder no quieren ver ni oír, sino también para contribuir al cambio social.

Y esto no lo logran. La crónica entonces se constituye en uno más de los múltiples discursos que están allí y que poco han servido para mejorar lo que denuncian.⁴

Pero aún así, los cronistas consideran que de todos modos vale la pena el esfuerzo, y sus lectores lo creemos también, Por eso hemos convertido a este género en el que “tiene más autoridad en la cultura” (Coffey citado en Grossman s.p.) y hemos convertido a sus autores, como dice Jean Franco, en conciencia de su país y en superestrellas.

Y es que la crónica ha cumplido otro importante y necesario papel, que consiste en articular una memoria colectiva (Yúdice citado en Bencomo 84) y sobre todo, en haber contribuído y seguir contribuyendo a la resignificación de los sucesos con los cuales entender la vida y la cultura. En esto no solamente no ha fracasado sino todo lo contrario.

OBRAS CITADAS

- Bencomo, Anadeli. *Voces y voceros de la megalopolis. La crónica periodístico-literaria en México*. Madrid: Iberoamericana, 2002. Impreso.
- Bonfil Batalla, Guillermo. *México Profundo. Una civilización negada*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989. Impreso.
- Castellanos, Rosario. “La juventud: un tema, una perspectiva, un estilo”. *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, de Aurora Ocampo. México: U Nacional Autónoma de México, 1981. 175-90. Impreso.
- Corona, Ignacio y Beth E. Jörgensen. “Introducción”. Corona y Jörgensen 1-21. Impreso.

⁴ En esto no están de acuerdo algunos estudiosos como Tamago que le confieren gran poder subversivo (277).

- Corona, Ignacio y Beth E. Jörgensen, eds. *The Contemporary Mexican Chronicle. Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*. New York: State U of New York P, 2002. Impreso.
- Ducrot, Oswald y Tzvetan Todorov. *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Trad. Enrique Pezzoni. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina, 1974. Impreso.
- Egan, Linda. *Carlos Monsiváis. Culture and Chronicle in Contemporary Mexico*. Tucson, AZ: U of Arizona P, 2001. Impreso.
- Escobar Arronis, José. "Costumbrismo y novela: el costumbrismo como materia novelable en el siglo XVIII". 2005. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Internet.
- Folley, Barbara. *Telling the Truth: The Theory and Practice of Documentary Fiction*. Ithaca: Cornell UP, 1986. Impreso.
- García Canclini, Néstor. "Imaginar la ciudadanía en una ciudad posapocalíptica". *La ciudad de los viajeros*. Ed. Néstor García Canclini, Alejandro Castellanos y Ana Rosas Mantecón. México: U Autónoma Metropolitana-Itztapalapa, 107-13. Impreso.
- Giménez, Gilberto. *Poder, Estado y discurso, perspectivas sociológicas del discurso político-jurídico*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, U Nacional Autónoma de México, 1981. Impreso.
- Grossman, Lev. "El problema con las memorias". *Time* 22 de enero de 2006. Impreso.
- Heyne, Eric. "Toward a theory of literary nonfiction". *Modern Fiction Studies* 33.3 (1987): 479-90. Impreso.
- Iser, Wolfgang. "El acto de la lectura. Consideraciones previas sobre una teoría del efecto estético". Rall 121-43.
- ."La estructura apelativa de los textos" Rall 9-119.
- Jiménez de Báez, Yvette. "Intertextuality and History". *Bordering Difference: Culture and Ideology in 20th Century Mexico*. Ed. Kemy Oyarzún. Riverside, CA: U of California P, 1991. 70-95. Impreso.
- Jörgensen, Beth E. "Matters of Fact: The Contemporary Mexican Chronicle and/as Nonfiction Narrative". Jörgensen y Corona 71-94.
- Koch, Dolores M. "El microrrelato en México: Torri, Arreola, Monterroso". *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*. Ed.

- Merlin H. Forster y Julio Ortega. México: Oásis, 1985. 161-77. Impreso.
- Lafaye, Jacques. *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional de México*. Trad. Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte. México: Fondo de Cultura Económica, 1999. Impreso.
- Martínez, José Luis. “Introducción”. *El ensayo mexicano moderno*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984. 7-27. Impreso.
- Monsiváis, Carlos. “Cultura nacional y cultura colonial en la literatura mexicana”. *Características de la cultura nacional*. México: U Nacional Autónoma de México, 1969. 57-74. Impreso.
- . *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: ERA, 2006. Impreso.
- Pacheco, José Emilio. *Antología del modernismo (1824-1921)*. México: U Nacional Autónoma de México, 1970. Impreso.
- Rall, Dietrich, ed. *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Trad. Sandra Franco, et al. México: U Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Sociales, 1993. Impreso.
- Rivera Rodas, Oscar. “Darío y los modernistas mexicanos”. *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*. Ed. Merlin H. Forster y Julio Ortega. México: Oasis, 1985. 181-90. Impreso.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. Buenos Aires: Ediciones Letra Buena, 1992. Impreso.
- Ruffinelli, Jorge. “La crónica como práctica narrativa en México”. *Hispanic Journal* 8.2 (1987): 66-77. Impreso.
- Saborit, Antonio. “El fantasma en el espejo”. *La vida en México en el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines*, de Salvador Novo. Tomo 1 (1952-1954). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. Impreso.
- Sefchovich, Sara. “Blanco, el moralista”. Suplemento dominical de *El Nacional*. Septiembre de 1994, 18-20. Impreso.
- . “Carlos Monsiváis: La crónica del día”. *Nexos* 131 (1988): 63-70. Impreso.

- “Cristina Pacheco”. Coloquio por la Entrega del Premio de Periodismo Cultural Fernando Benítez a Cristina Pacheco. Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Noviembre de 2000. Ponencia.
- “Las escritoras y su México: Guadalupe Loaeza y Cristina Pacheco”. Inauguración de la Biblioteca de la Universidad de Monterrey, Nuevo León. Febrero de 1994. Ponencia.
- “Los escritores y la sociedad”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 26.102 (1980): 5-18. Impreso.
- “José Emilio Pacheco, crítico”. *Revista de la Universidad de México*. 468 (1990): 58-62. Impreso.
- *México: país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Mexico: Grijalbo, 1987. Impreso.
- “Monsiváis. Crónica del cronista”. *Eslabones* 3 (1992): 17-23. Impreso.
- “Mujeres y prosas en la literatura mexicana”. *FEM* 3.10 (1979): 24-30. Impreso.
- Presentación del libro *Los de arriba* de Guadalupe Loaeza. Feria Internacional del libro de Guadalajara. Diciembre de 2002.
- Presentación del libro *Compro, luego existo* de Guadalupe Loaeza Librería El Sótano, México. Diciembre de 1992.
- Tamago, Maribel. “El poder subversivo de la escritura”. *De la crónica a la nueva narrativa mexicana*. Ed. Merlin H. Forster y Julio Ortega. México: Oasis, 1985. 277-84. Impreso.
- Villegas, Abelardo. *Autognósis, El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1985. Impreso.
- Zavala, Iris M. *Romanticismo y realismo*. Barcelona: Crítica, 1982. Impreso.